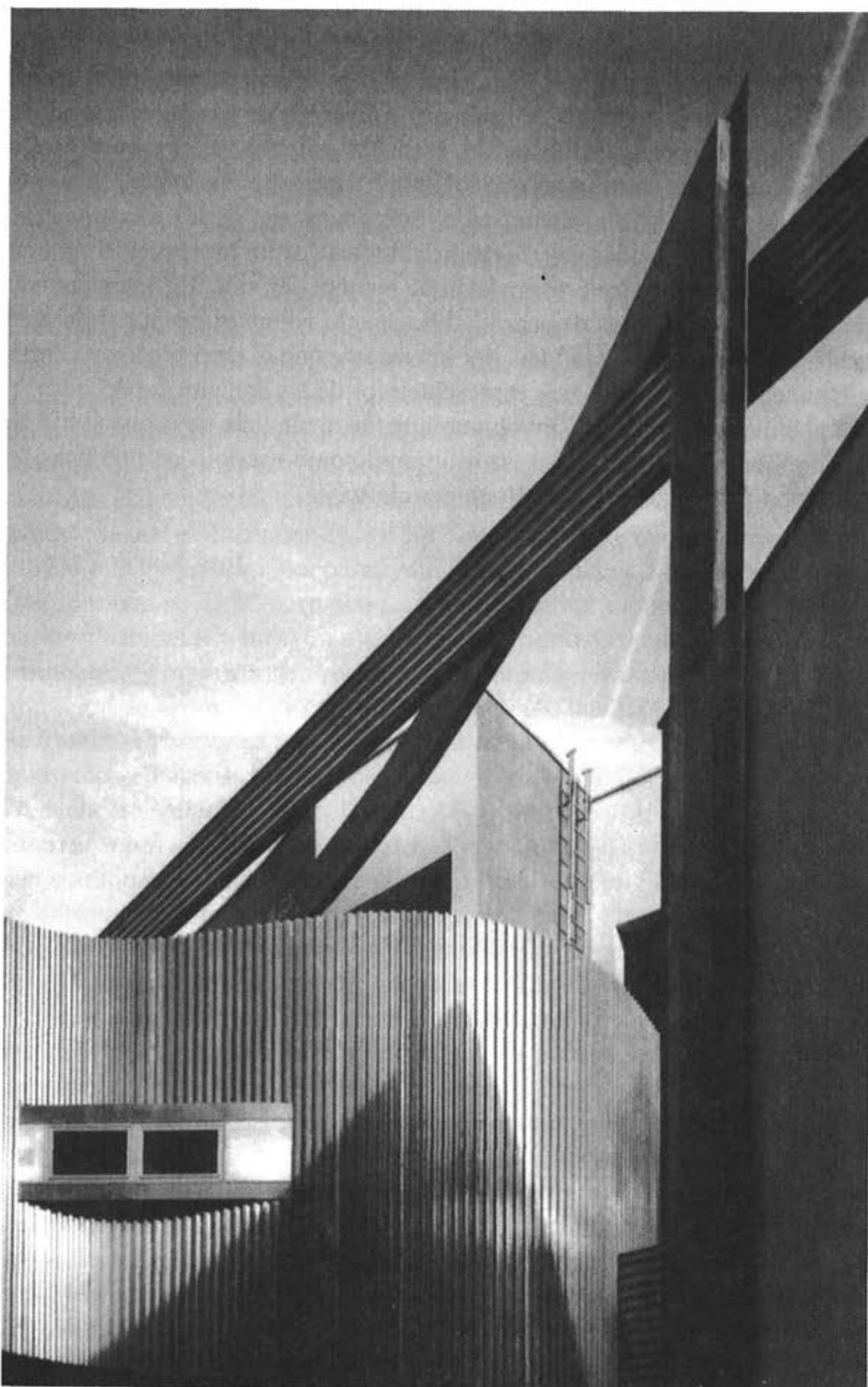


es el cierre de numerosas galerías y, en años posteriores, el planteamiento completamente distinto del que parten las que se irán abriendo. Ahora podemos comprobar que no han sido pocas, pero a diferencia del pasado, en casi todos los casos en espacios más modestos que los de la década anterior –locales pequeños, sin acceso directo desde la calle, con horarios restringidos–, y ubicados en zonas alejadas de las que tradicionalmente acogían a las galerías –pensemos en las surgidas en torno al Museo Reina Sofía–. También vale la pena señalar el talante «alternativo» de algunas de ellas, es decir, su vocación menos comercial que cultural, experimental o divulgativa. El Ojo Atómico, la sala de exposiciones de Estrujenbank, la galería El Progreso representarían los casos más radicales, pero también más efímeros, dedicadas con preferencia a la presentación de colectivos, ciclos de arte de acción o propuestas de tendencias específicas. Más trascendental, tanto por su continuidad en el tiempo como por la solidez de sus planteamientos, es sin duda el caso de la galería Cruce, un proyecto de tipo casi cooperativo, impulsado entre otros por Manolo Quejido, que se ha comprometido desde el primer momento con las propuestas nacionales más innovadoras, ha traído propuestas de jóvenes extranjeros y organiza con regularidad conferencias o conciertos. La proliferación de «pequeñas» galerías ha coincidido también con una elección de formatos y soportes más accesibles a un público retraído ante las obras de precios elevados. Parece una estrategia acertada, que explica la supervivencia de galerías como Ginkgo, Estación Central o Carmen de la Guerra. Junto a ellas, otras como El Gayo Arte o Utopía Park Way han demostrado su capacidad de apuesta por nombres completamente nuevos, de forma más multitudinaria en el primer caso y más selectiva en el segundo. Utopía viene acogiendo además no sólo primeras exposiciones de artistas españoles (Yolanda Tabanera o Chema Peralta), sino también las de jóvenes extranjeros. Sin duda el proyecto más ambicioso de los emprendidos últimamente es el de la galería Salvador Díaz, tanto por su envergadura como por la seriedad de su programación, que se decanta por españoles de trayectoria perfectamente asentada, junto con algunos nombres que dan los primeros pasos. Entre las galerías no tan recientes es quizá Helga de Alvear la que mantiene una línea más comprometida con un tipo de obras difíciles, con preferencia por el minimalismo o los diversos soportes fotográficos. Otro tanto se podría decir de Elba Benítez respecto del arte conceptual y las instalaciones. Por su parte, galerías como Gamarra o Soledad Lorenzo han ido incorporando a artistas que han dejado de ser promesas para convertirse en nombres indiscutibles, en el caso de la segunda de ellas con notables incursiones en el panorama extranjero (desde Anish Kapoor a Paul McCarthy):

Al día de hoy, a dos años del final de la década, en lo que todo el mundo parece coincidir es en que el mercado español del arte guarda ahora mayor proporción con la realidad del país que a lo largo de los años anteriores. También parece clara la distinción entre las galerías que están abriendo caminos en el arte actual y las que se limitan a cumplir con su tarea de exponer lo que tiene un valor contrastado. Son pocos, eso sí, los focos generadores de discusión, o las galerías representativas de un movimiento concreto. Tampoco parece que éstos existan de manera definida. En este apretado resumen de veinte años de actividad he dejado voluntariamente al margen muchas galerías cuya actividad, por interesante que sea, no se vincula específicamente a los artistas más representativos de las dos últimas décadas. Y me habré dejado sin duda, involuntariamente, a algunas otras que sí lo han estado. Toda antología es un error alterno, como escribió en una ocasión Gerardo Diego, excelente antólogo por cierto.

José María Parreño



Zvi Hecker: Escuela Heinz Galinski en Berlín.